

y entró en la ciudad Eterna envuelto en rozagante seda, pintadas de bermellon las cejas y las mejillas, ceñida la frente con áurea tiara persa, embebido en un éxtasis religioso, abrazado en su carro triunfal á su Dios, que era una piedra negra ornada de diamantes y esmeraldas, seguido de un gran número de mujeres sirias que trenzaban con guirnaldas una mágica danza; rasgos muy propios para pintar aquel extraño jóven, cuyo culto era el vicio, cuya teología era el amor brutal y desordenado de los sentidos, cuya imaginacion enflaquecida y exaltada por los placeres á un mismo tiempo era presa de un continuo delirio, que le llevaba á predicar dogmas religiosos, eróticos, afrodisiacos, á unir y aglomerar nuevas divinidades en el panteon, á crear un senado de sacerdotisas consagradas á Venus, á vestirse de mujer y entregarse á la infamia de vergonzosas liviandades, á salir desnudo en un carro circundado de mujeres tambien desnudas, á unir en confusion horrible todos los sexos, todos los animales en sus goces, á violar las vestales y dividizar las prostitutas, á confundirse en un mar de delicias, de orgías, exaltado por un sentimiento religioso, que tendia á prolongar el placer hasta lo infinito, como si fuese aquel delirio el delirio de un siglo devorado por la duda; aquella demencia, la demencia de una civilizacion corroida por el despotismo. (Aplausos.)

Los sacerdotes, los filósofos neopláticos, los juriconsultos, habian creado aquel emperador delirante, y habian mostrado su impotencia para sostener en la razon al Imperio. Dos clases luchaban por la púrpura, la clase civil, que predominaba despues de una larga tiranía militar, y la clase militar, que predominaba despues de una larga tiranía civil. El mundo, cansado de la demencia de los que podiamos llamar ideólogos de aquel tiempo, personificados en Heliogábalo y Alejandro Severo, se inclinaba de nuevo á la guardia pretoriana, á la preponderancia militar. Un dia un guerrero titánico, de talla desmesurada y de buen porte, pasaba armado de pesadas armas delante de las legiones romanas, caballero en un alazan del desierto, respirando gozoso el aire que presagiaba el combate y anunciaba la tempestad. Las legiones creyeron ver en él un Cíclope, un Titan, un Hércules, y lo erigieron dueño del mundo. En efecto, Maximino era el símbolo de la fuerza. Hijo de un godo y de una alana, criado en las inclemencias del campo, era como el representante de una nueva raza, y tenia ocho piés romanos de estatura, la fuerza de un toro, la impetuosidad de un caballo, se bebia el vino que cabia en una ánfora, devoraba treinta libras de vianda en un momento, deshacia las pie-

dras entre sus manos, paraba un carro en mitad de su carrera, y era capaz de romper con sus puños, una legion de los mas bravos guerreros. La guardia pretoriana habia encontrado su héroe. El la llevaba á pelear contra los sármatas y los persas; él aplicaba á la guerra el dinero de los espectáculos; al mantenimiento de su ejército los ídolos de oro de los templos. Roma estaba aterrada al ver que un bárbaro era su dueño. Pareciale que como los antiguos galos iba á incendiar el Capitolio, y á no dejar en la ciudad reina del mundo, piedra sobre piedra. Maximino habia sido desgraciado en Roma, habia encontrado cerradas á su miseria las puertas de los señores que al verlo emperador, hundian en el polvo la cobarde frente; y se presentaba á una pronta venganza. Mas el Senado le declaró depuesto del trono. Al saber esto Maximino en sus expediciones, atraviesa los Alpes, baja á los valles, encuentra arrasadas las campiñas, desiertas las villas, fortificadas las ciudades, rotos los puentes, emponzoñados los manantiales; ve que hasta las piedras de Italia, se levantan por sí solas contra el bárbaro; conoce que el mundo prefiere epicúreos infames y gastados, á un guerrero que hubiera podido fundir con su soplo de fuego el témpano de hielo que iba á caer sobre el Imperio, y se entrega á la muerte, que le dan bárbaramente sus legiones.

El Imperio desde Tácito hasta Probo, despues de amenguar un tanto el poder de las guardias pretorianas, reconcilia el elemento militar con el elemento civil, como para prepararse á otra lucha mas grande, á la lucha religiosa que empieza verdaderamente en Diocleciano y concluye en Teodosio. El imperio siente que el cristianismo va á triunfar. Diocleciano lucha con el cristianismo, Constantino cede á su influjo, Juliano retrocede al paganismo, Teodosio reclama definitivamente su triunfo. La iglesia desde Neron hasta Trajano, y desde Trajano hasta Diocleciano, sufre grandes persecuciones. Aquellos cristianos encerrados en el fondo de las catacumbas para practicar la ley del amor, para renovar el mundo con la esperanza; míseros esclavos que habian roto sus hierros, almas puras que se levantaban del cieno de la sociedad; porque entre tantos vicios conservaban entera la virtud; porque entre tantas duras pruebas tenian fé vivísima; porque en aquella general adulacion á los tiranos, guardaban inmaculada su libertad; porque en la agonía tremenda y desesperante del Dios-naturaleza, tenian un Dios-espíritu, que recogia sus lágrimas y calmaba sus dolores; eran perseguidos, acosados por los hombres de la vieja sociedad, que les hacian responsables de los huracanes, de

las tempestades, del hambre, de las inundaciones del Tiber, y de la escasez de aguas en el Nilo; y bajando á sus catacumbas, á sus templos, querian arrancarles su Dios, arrancándoles la vida; y los arrastraban por las calles, y los vendian en los mercados, y los bajaban á las minas de la Numidia, y los entregaban á los hambrientos leones, á los tigres, á las hogueras; crueldad inútil, porque si los miembros de aquellos infelices, si sus carnes eran desgarradas en el garfio, si su sangre era consumida por las llamas, sus almas purificadas, engrandecidas por el martirio, desafiéndose de los lazos de la materia, se perdian en lo infinito para reposar tranquilos en el eterno árbol de la vida. (Aplausos prolongados.)

Y mientras esta persecucion se ensañaba en los cristianos, el paganismo se moria. La naturaleza perdía sus antiguos encantos; las ninfas y las náyades se desvanecian entre las ondas de los arroyos; el genio de Apolo no murmuraba ya sus dulces cantares en las ramas de los laureles del Himeto; el coro de ruiseñores que acompañaba el canto plañidero de Edipo á la sombra de los olivos y los mirtos en el Valle de Colonna, callaba como si temiese turbar el reposo de la muerte; Diana no dejaba durante la callada noche sus huellas de melancólica luz en los umbrosos bosques; el dios Pan no sonaba en las majadas y oteros su caramillo, en el cual aprendieron sus regalados versos los Teócritos y los Virgilio; la caverna de Delfos yacia tapiada y no hablaba ya en su seno el genio de la antigua religion; la pitonisa habia rasgado su blanco velo, su corona de verbena, y arrojando lejos de sí el áureo tirso, descendía desesperada de su trípode; porque el fuego de la inspiracion no calentaba ya su desolada mente; los pilotos y marineros del Mediterráneo sentian helarse en sus labios las oraciones consagradas á la luna y á las estrellas, y decian oír entre el rumor de las brisas una voz solemne que decia que los antiguos dioses habian muerto; y Grecia, la musa de la historia clásica, la eterna escultora del hombre, rota su lira, estinguida su voz, rodeada de los cadáveres de sus hijos, se hundía en lo pasado, herida, desesperada, cayendo como una blanca melancólica estatua funeraria sobre los restos del paganismo. (Estrepitosos aplausos.)

Entonces Constantino proclama la libertad de la Iglesia; entonces del fondo de las catacumbas sale triunfante el cristianismo; entonces la Iglesia Universal se reúne; entonces el Concilio de Nicea escribe el símbolo de la fé; ese símbolo que todas las generaciones han repetido, que se ditundirá hasta el último límite del tiempo, y que resuena hoy

jo las bóvedas de nuestra Iglesia; entonces se declara el triunfo inmortal del cristianismo, que viene á traer la nocion clara de Dios, á romper el cetro férreo del destino, á igualar á todos los hombres ante los altares, á prometer eterna vida á la virtud, á destruir la diferencia de castas, á consagrar la libertad humana, á encender el barro de nuestro cuerpo con el fuego divino, á renovar el espíritu del hombre con el espíritu de Dios, á herir para siempre en la frente á los tiranos y establecer el eterno reinado de la justicia sobre la tierra. (Aplausos.)

El triunfo del Cristianismo debia llenar todo el espíritu del hombre, sin dejar espacio á su corazon para ningun otro sentimiento, ni á su mente para ninguna otra idea. De aquí esa gran exaltacion religiosa, á que llegaron muchos hombres, mal hallados con la vida del mundo. Apenas habian recibido ese rayo de luz en su frente, apenas habian gustado el maná de esa verdad divina, cuando el cielo se desplegaba á sus ojos, y la eternidad á su pensamiento; pareciéndoles mezquino tributo la vida entera para consagrarla á un Dios, que habia dado su vida por los hombres; huían de las ciudades, y refugiándose en las cavernas del desierto, en los nidos de las águilas, en las madrigueras de los tigres y leones, en aquella naturaleza estéril, infecunda, abrasada por los rayos del sol, abrian sus corazones consumidos por el amor divino á la oracion, á la esperanza, y herian y maceaban sus cuerpos como para obligarles á exhalar de sí el espíritu, para que se perdiera como la gota evaporada de rocío, en la inmensidad de los cielos. Este particular estado del espíritu humano es muy propio del entusiasmo, que inspira siempre una idea naciente. La revelacion celeste no cabia en la conciencia humana, y rebotando, anegaba en su seno toda la vida. El hombre no tenia ojos, sino para mirar al cielo; ni oído, sino para escuchar la voz de Dios en la naturaleza; ni fuerzas, sino para la oracion y la penitencia; ni sentimiento, sino para amar el gran sacrificio del Calvario; ni idea, sino para absorberse en la contemplacion mística del Eterno; ni vida, sino para entregarla al seno de la eternidad; ni alma, sino para perderse en el amor del cielo. Así, los eremitas, que representaban admirablemente esta exaltacion maravillosa y necesaria del espíritu humano, atraian á sus desiertos las gentes sedientas de lo infinito; y al eco del huracan, del rugir de los leones, y del maullido de los tigres, predicaban la esencia y la naturaleza de Dios. Allí, en aquellos desiertos, ardía la primer llama del entusiasmo cristiano, á manera de un fuego, que se

levantaba de las áridas rocas para abrasar y renovar el mundo. Después los eremitas debían levantar conventos, contra los cuales se estrellaron en el diluvio del antiguo mundo clásico las revueltas olas de la barbárie. El cristianismo, la doctrina perseguida, la doctrina regada con sangre de los mártires, llega á fecundar con su vida hasta las mismas áridas arenas de los desiertos.

Pero el génio del paganismo no dejaba tan fácilmente su presa y su triunfo. Una reaccion universal, profunda, inmensa, fué intentada por Juliano. Apartado de la vida del mundo por celos imperiales, recluido desde niño en un convento, educado en las máximas cristianas, viviendo entre eremitas; su espíritu, sin embargo, tenía una exaltación tal, una ambición tan desmedida, que allí, en aquella soledad, sin mas consejo que su razón y su conciencia, concibió, leyendo los versos mágicos de Homero, la idea de restaurar algún día el paganismo. Amante de la hermosura y del arte, como nacido casi bajo el cielo de Grecia, creía que era necesario devolver á la naturaleza muerta su espíritu, que había huido al cielo, y á los bosques, á los arroyos, á las praderas, á las ondas sus antiguos dioses, para que volvieran á exhalar aquellos cánticos que no deleitaban ya en su tiempo el oído de la humanidad. Y para conseguir este fin, se instruye en la antigua ciencia, recibe el espíritu neo-platónico, explica el paganismo por aquella theurgia que intentaba dar una nueva doctrina á los ídolos, desciende á las cavernas de Eleusis, oye allí el ruido del alma del mundo que contesta á la voz de los sacerdotes paganos, va á Constantinopla, oculta sus ideas, y cuando llega la hora de reinar, acomete su empresa, levanta los templos, los decora de imágenes antiguas, arroja guirnaldas sobre el altar de Apolo, vuelve á poner sus cuerdas á la rota lira de Grecia, prohíbe que los cristianos interpreten los poemas antiguos, predica una teología neo-pitagórica en frente de la teología cristiana, resucita las antiguas procesiones, quema incienso en las aras de los antiguos dioses; empresa vana, inútil, porque si al morir hubiera vuelto los ojos al porvenir, hubiera visto á los bárbaros arrodillarse en torno de Roma, el altar de la Pitonisa desplomándose, los sacerdotes arrojando sus coronas de encina desde lo alto de la roca Tarpeya como el último adios dado al paganismo, el altar de Júpiter Capitolino destrozado, la divina cruz coronando la cima del Capitolio. (Estrepitosos aplausos).

Sin embargo, el espíritu humano estaba profundamente conmovido en una época tan decisiva para la civilización. El dogma era objeto

de grandes controversias en las escuelas, en los templos, en plazas y calles, en el fondo mismo de los desiertos. El pueblo, que había perdido las grandes luchas políticas, necesitado de actividad y de vida, iba á luchar al campo de las cuestiones teológicas. En ellas se interesaba toda la vida, toda el alma de la humanidad. Estos problemas planteados en el tiempo, se resolvían en la eternidad. Así la vida y la muerte, el recuerdo y la esperanza, la cuna y el sepulcro, todo se interesaba en estas luchas del pensamiento y de la fé. Hombres de espíritu batallador, de independencia, continuamente agitados por el pensamiento, ansiando beber la vida eterna en el cielo, no pudiendo abarcar la revelación que descendía de la mente divina, caían en la herejía; porque la luz les cegaba como acontece á nuestros débiles ojos que no pueden mirar el sol. Entre todas estas herejías, por su audacia, por su éxito, por sus largas consecuencias, ninguna alcanzó la importancia que en la historia tiene la terrible herejía de Arrio. Esta herejía iba á herir en el corazón el dogma; á destronar la nueva religión. Era una rebelión del pensamiento contra la fé; pero rebelión que tendía á arrancar el espíritu divino á Cristo, y su consustancialidad con el Padre. Esta herejía es una idea capital en la historia de la civilización, porque el arrianismo imbuyó su espíritu á los bárbaros, como para prepararlos á la verdadera fé. El arrianismo estaba empapado en el espíritu de Oriente, y subió al trono con muchos Emperadores y amenazó absorber el mundo.

Pero, en medio de estas dudas, y de esta incertidumbre, suena en el reloj de los tiempos la hora del triunfo definitivo del Catolicismo. A esta gloria, á este triunfo de la civilización va unido el nombre inmortal de un español, el nombre de Teodosio. A pesar de los progresos que las nuevas ideas hacían en el ánimo de las gentes, el paganismo sonreía aún en sus innumerables templos y altares. La reacción de Juliano había dado un calor ficticio á los antiguos dogmas. Parecía esta lucidez de la religión el último destello de una lámpara que se apaga, de una vida que se estingue. En Alejandría, en Atenas, en la misma Roma resonaban los cánticos alegres y tiernos consagrados á los antiguos dioses, y sobre el ara de mármol se enlazaba la poética guirnalda, y al pié del ara ardía el fuego sagrado que habían alimentado tantas generaciones y que despedía sus últimos destellos. Por un instante parecía que el espíritu humano iba de nuevo á derramarse en la naturaleza para animarla y encerrar en cada hoja de los bosques, y en cada gota de agua de los mares, los ríos y las

fuentes, un géneo misterioso, una divinidad. Esta reaccion formidable, tremenda, que amenazaba destruir la obra maravillosa de la revelacion, y el reinado del nuevo derecho, fué detenida y contrastada por el géneo sublime de Teodosio, que destruyó las antiguas aras, arrancó á su pedestal los ídolos, deshojó las corolas de la verbena y de las guirnaldas sagradas, enjugó la sangre que caía de las entrañas de las víctimas, hizo suspender los augurios, las adivinaciones, los oráculos; y sobre los restos de esa religion, que habia sido el alma de tantos siglos, el consuelo de tantas generaciones, el ideal de innumerables artistas; sobre los despedazados restos de esta gran civilizacion levantó el Dios de la verdad y de la justicia; el Dios de los cristianos, que venia á renovar el espíritu de la humanidad.

Pero si el cristianismo habia renovado el espíritu, los bárbaros debian á un tiempo castigar á Roma y renovar la sangre de la humanidad. Aquellos romanos gastados, que vivian en los alrededores de Nápoles gozándose en ver el cielo siempre azul, el mar siempre riante, los bosques embalsamados por el azahar, los templos erigidos en las colinas mas bien como trofeos artísticos que como monumentos religiosos; aquellos señores romanos, que tenian en sus casas, mas grandes que una ciudad, todas las riquezas y hasta todas las estravagancias del gusto, montes de nieve en verano, bosquecillos de rosas en invierno, pájaros del Asia en sus jardines, mónstruos marinos en sus estanques, mancebas traídas de todos los reinos, esclavos de todos los climas; tendidos en su triclinio de púrpura y marfil, embalsamado el cuerpo con pomada de nardo, arreglado el cabello á usanza asiática, ceñidos con femenil estola, viviendo entre festines, donde tenian vino de Chio, miel de Cos, mariscos del Norte, lenguas de ruiseñores, jabales con el vientre lleno de aves vivas, copas hechas de una sola esmeralda, ámbar de Pannonia; en medio de tales delicias, cuando mas descuidados estaban, ven de pronto entrar por sus puertas de marfil y de oro, agarrarse á sus paredes pintadas al fresco, manchar sus suelos de mosaico, profanar sus estátuas de mármol, quemar sus espejos de acero brufido á espantosos bárbaros venidos ora del Rhin ora del Danubio, unos de talla desmensurada, otros rubios y hermosos como leones, otros contrahechos, pequeños, deformes, de color verdoso, de nariz aplastada, de pómulos salientes, de ojos de buho, vestidos con pieles de rata, asestando flechas que eran huesos humanos, chorreando de sus lábios la sangre de la carne cruda que habian devorado, exhalaando de su aliento el fétido olor de los orines de caballo

que habian bebido; bárbaros que se cebaban en aquellos señores del mundo tan perfumados y delicadísimos, como se ceba el hambriento tigre del desierto en las entrañas calientes y humeantes de sus presas. (Ruidosos aplausos).

Los romanos, como los primitivos pobladores de la tierra, subian á lo mas alto de sus templos á mirar las nubes, las tempestades, que avanzaban. ¿Quiénes son tantos bárbaros? Primero viene un bárbaro seguido de ejércitos que llenan desde la Dalmacia hasta las puertas de Constantinopla, de pueblos enteros, de carros que ruedan sobre el hielo ligeros; desde el desierto cae sobre la Tracia y Macedonia; flanquea el monte Athos, quemando sus espesos bosques, para que le sirvan de guía como una gran columna de fuego por la noche; lleva delante de sí los trofeos del templo de Minerva; abrasa la Grecia desde Simmum hasta Megara; perdona los habitantes como el sacrificador arroja con desprecio la piel de la víctima devorada en el holocausto; entona sus aullidos de triunfo en las orillas del mar Egeo teñido de sangre; penetra en Argos y en Esparta, y toma el hierro lacedemonio para herir en el corazon la patria de Licurgo; arrastra á su carro las vírgenes mas hermosas consagradas aun á los dioses y las entrega á su pueblo para que las profane y las goce; cierra para siempre los antiguos templos, acaba con los misterios de Eleusis; atraviesa como el águila los Alpes Julianos; lava sus piés heridos en los mares donde hoy se alza Venecia; llega hasta las puertas de Roma, que desde Annibal no habia visto ningun enemigo; fuerza sus muros, entra en su recinto infestado por los miasmas de cien mil cadáveres, y ahuyenta aquel senado de reyes, ante el cual se postró la tierra, y destruye los templos, que guardaban la conciencia de la humanidad, y derriba los ídolos que habian sido el consuelo de infinitas generaciones, y se levanta como una estátua colosal, inmensa, sobre las ruinas de una inmensa y colosal civilizacion. (Aplausos.)

Pero todos estos pueblos necesitaban de una inteligencia que les diese cohesion; de un brazo que les diese unidad y fuerza. Para cumplir este gran destino histórico, vino al mundo el bárbaro Atila. Engendrado en el carro de los combates, nacido en las orillas del Volga, alimentado con leche de alimañas salvajes, acostumbrado á ver al abrir los ojos matanzas horribles, campos sangrientos: fuerte, vigoroso, deforme, corto de talla, ancho de espaldas, negro el color, aplastada la nariz, pequeños y hundidos los ojos, que brillaban como los del tigre en la oscuridad de su caverna; rara la barba, nervudos los brazos,

echado atrás el cuello, erguida la frente; rugiendo mas bien que hablando, despidiendo de su mirar el fuego de la guerra, marcado con el sello del destino desde la cuna para conmover las naciones; Atila disciplina las razas, une los restos de los Ostrogodos, de los Hunnos, de los Alanos, de los Burgundos, de los Escitas, arranca del suelo la espada que adoraban sus pueblos, y la esgrime como el ángel exterminador; se rodea de todas las preocupaciones y mágias del Oriente y del Norte; á la luz y al olor de la resina, consulta en su tienda el sacrificador ostrogodo, que estudia el porvenir en el corazón palpitante de la víctima; el adivino alano que agita sus hierrecillos y sus varillas; el mago hunno, que invoca las divinidades infernales con su tambor mágico; el hechicero tártaro que busca el destino en las cenizas de las hogueras; y confundiendo así las creencias y las fuerzas de todas las razas bárbaras, las arroja sobre las Galias, destruye á Metz, á Treves, á Reims, pasa á la Italia, amenaza á Roma, y despues de dejar tras de sus pasos una inmensa ruina y una inmensa hoguera, el azote de Dios vuelve á sus dominios, y muere ahogado en su misma sangre.

Señores: parecia que el cielo no podia guardar mayores amarguras á la reina de las naciones, á la señora de las gentes. Precipitada de su trono en el polvo, sin sus héroes, sin sus dioses, Roma no podia descender á mas oprobiosa abyeccion. Los caballos del desierto habian hollado el polvo de sus sepulcros; los hijos de sus antiguos esclavos habian roto en mil pedazos su corona, y habian profanado su majestad y su hermosura. Abandonada de su númen tutelar, quebrado su cetro, sumida en lodo y sangre, do quier convertia sus ojos, encontraba nubes de bárbaros, descargando sobre su frente todas las iras del mundo, y toda la cólera del cielo. No habia refugio en la tierra para los señores de la tierra. El Oriente y el Occidente, el Norte y Mediodia, los mares y los desiertos, los valles y las montañas estaban llenos de gentes bárbaras, hambrientas, crueles, vengativas, que cubrian el cielo con sus flechas, la tierra con sus víctimas. Cuando parecia que alguna de aquellas tribus, mal hallada con su condición salvaje y ruda, se apercibia á recibir el soplo de la civilizacion y á perdonar á Roma, al punto, el Rhin ó el Danubio, los Apeninos, los Alpes vomitaban nuevos guerreros mas feroces, mas sedientos de sangre, mas dispuestos á amontonar ruinas sobre ruinas, cadáveres sobre cadáveres, como si gozaran en infestar la tierra. Por las vertientes de los Pirineos, por sus desfiladeros tan codiciados un dia de

los romanos, bajaba como un torrente de sangre, un pueblo bárbaro, que empujaba y arrollaba otros pueblos tambien bárbaros. Los españoles, amantes siempre de su patrio suelo disputaban con heroismo sin par el paso á los enemigos de la civilizacion romana, y los soterraban bajo sus riscos. Pero, llamados los naturales á otras guerras, y dejando su hermoso suelo á viles mercenarios, los bárbaros todo lo arrollaron y vencieron.

Estos bárbaros mas feroces que los godos eran los alanos y los vándalos. La muerte precedia estas bandas feroces, que no tenian instintos de humanidad ni de justicia. Los incendios eran sus antorchas; los ayes de los moribundos la música mas regalada para sus oídos; la destruccion y las ruinas, su obra; el castigo del mundo antiguo su destino. Cuando caia una ciudad entre las llamas, y sus habitantes morian en la desesperacion, y ondas de sangre corrian á sus plantas, y los gemidos y los ayes poblaban los aires; aquellos hombres gritaban gozosos, como las aves de rapiña cuando el hedor de los cadáveres hiera su olfato, graznan y aletean, y se lanzan gozosos sobre la horrible asquerosa podredumbre. La infeliz España sufrió con resignacion esta desgracia. El hambre diezmó sus habitantes; los miasmas de la peste oscurecieron su siempre límpido cielo; la segur bárbara taló sus bosques y arruinó sus pueblos; el fuego calcinó sus campos y sus antiguos palacios, y las calles de sus mas populosas ciudades vieron correr en su soledad y en su desolacion sobre sus ruinas las alimañas salvajes, las fieras del desierto. Las montañas de Leon y Asturias, fueron el primer refugio de estos bárbaros. Pero aguijoneados por sus inquietos deseos, ó heridos por sus enemigos, bien pronto se derramaron por los felices campos de la hermosa Andalucía, llevando allí tambien la destruccion y la muerte.

El hombre que personificaba este pueblo bárbaro era Genserico, mas feroz aún y mas batallador que Atila. Menudo de cuerpo, corto de estatura, cojo, deforme, conciso en su decir, misterioso en su pensar, frugal en sus costumbres, audaz en sus proyectos, deseoso de riquezas si menospreciador de los placeres; cauto, astuto, traidor; sin amor ni á los hombres ni á los dioses; sin respeto á su propia palabra y á sus juramentos; vengativo, cruel, blandiendo atroz espada en sus manos, y llevando el odio á la humanidad en su pecho; acosado como una fiera por sus enemigos y seguido de tribus feroces; Genserico era la venganza de Dios, que derramaba con su soplo abrasador como el fuego, la ruina en los pueblos, la muerte entre los hombres. Bien

pronto su instinto viajero, que es el instinto superior del bárbaro, le aparta de Andalucía, y lo lleva al Africa. Parece imposible, señores; generales romanos le llaman y le brindan con la destrucción y la venganza. La presencia del bárbaro en Africa despierta otros bárbaros, que dormían en las arenas del desierto. Los mauritanos, al sentir el grito de guerra, que puebla desde el Mediterráneo hasta el Atlas, salen de sus madrigueras, se esperezan, y el olor de la matanza despierta su sed de sangre. ¡Qué inmenso campo se abre á la voracidad de los bárbaros! Ciudades populosas, colonias florecientes, campos bienhadados, multitud de diversas naciones, montañas, desiertos, puertos, un mundo entero levantado por infinitas generaciones, un mundo hermoso, que no tiene como Europa las manchas de sangre de tantas y tan recientes guerras.

Desde Tánger hasta Trípoli se estendian rápidamente las huestes de los bárbaros del Norte y los bárbaros del Mediodía unidos en un mismo sentimiento de odio y de venganza. El horror que esta irrupción derramó en los desgraciados habitantes del Africa, fué tal que los cronistas cuentan que aquellos bárbaros eran tan atroces que mataban generaciones enteras alrededor de los muros de las ciudades, á fin de que emponzoñado por la peste el aire, emponzoñara á los hombres. En aquellas regiones descollaba la antigua ciudad de Cartago, depósito sagrado de todas las tradiciones del Oriente, destrozada y reedificada por sus mismos vencedores los romanos. Cartago tenia edificios magníficos, templos suntuosos, liceos, academias, escuelas, y un floreciente comercio; recuerdos de sus antiguos tiempos. Cartago habia representado en la historia de la humanidad una gran fase de la eterna lucha entre el Oriente y Occidente. Habia subido hasta disputar el dominio del mundo á Roma; y el recuerdo de su grandeza era un título de su desgracia. Genserico, impulsado por la providencia á borrar del mundo hasta el esqueleto de la antigua civilización, entra en la ciudad de Annibal, arroja sus bárbaras huestes en aquellos suntuosos palacios, destruye hasta las piedras de sus muros, arranca al seno de sus hogares los despavoridos habitantes, y borra de nuevo la huella de Cartago en la historia del mundo, ofreciendo sus restos como una hecatombe sobre el sepulcro ya sellado de la antigua civilización. El ánimo se perturba y entristece al considerar las desgracias que caían sobre los infelices nacidos en edad tan desastrosa. Los senadores de Cartago fueron arrastrados á las cadenas de los esclavos; sus mujeres al lecho de los bárbaros. Los mercados se llenaron de

infelices cautivos, que miraban con envidiosos ojos á los que habian tenido la ventura de morir en aquellos amarguísimos trances. Los barcos que se daban á la vela en los puertos de Africa, llevan hermosas cautivas á los serrillos y á las mancebías. El Africa era un inmenso campo de batalla. Un vapor de sangre subia al cielo á la manera de un triste holocausto ofrecido al Dios de las venganzas.

Mas no se apagaba la sed de sangre que aquejaba á los bárbaros. Genserico llegaba á las orillas del mar, extendia su mirada por aquellas azules ondas, y ansioso de domar más ciudades y ver mas pueblos sujetos á su voluntad, extendia las velas, y se daba á merced de los vientos, seguro de encontrar en toda la tierra víctimas que sacrificar á su voracidad, y tesoros con que satisfacer su codicia, como si él mismo sintiera que su voluntad y sus fuerzas y su espada eran los instrumentos con que el Eterno destrozaba un mundo para abrir paso á la eterna idea del progreso, que así se levanta del seno de las escuelas como de la desolación de los combates. El viento le empujó á Italia, y su deseo le llevó á Roma. La ciudad eterna, la que amedrentó al mundo con su poder, la que tenia en sus manos las coronas de todos los reyes, y en sus templos los dioses de todas las religiones; la que habia llevado á sus escuelas todos los sabios, á sus campamentos todos los guerreros, á su literatura el espíritu de todos los pueblos; la que guardaba la sanción de toda soberanía, el alma de todo derecho; sola, abandonada, sin sus antiguos sacerdotes, sin sus heroicos guerreros, desposeída de toda su grandeza, arrojada en el estercolero de sus vicios, vió acercarse á su seno, sin espanto, sin temor, á los últimos bárbaros, á los vándalos, que destruyeron hasta sus ruinas y demolieron sus edificios quebrantados, y pulverizaron sus estatuas rotas, y recogieron con sus rudos carros los recuerdos de todos los siglos, los restos de todos los templos, los cuerpos helados de todos los dioses, como para borrar del espacio hasta las huellas de las ideas y de los poderes que habia condenado la Providencia.

¿Quién se levantará sobre tantas ruinas? El patricio romano ya no tiene fuerza para ponerse de pié, ni para buscar en las hogueras las lanzas de sus padres. Enflaquecido por sus vicios, en la hora tremenda de la guerra abandona el cuidado de su hogar y de sus penates á los mismos bárbaros. El mundo clásico, que habia dominado toda la tierra, se entrega á sus enemigos. Del polvo de las tumbas no se levanta ni la sombra de Scipion, de Mario, de César á contener á

los bárbaros. Roma es como una añosa encina herida por el rayo del cielo. Ni su poder ni su antigüedad le bastan para salvarse. Sobre sus cenizas humeantes se levanta como rey de Italia Odoacro. Este bárbaro recoge los diamantes rotos de la corona del mundo, y orna con ellos la diadema de su raza. Sobre el Capitolio reinan los bárbaros, aquellos bárbaros que no fueron osados á mirar á Roma, sino de rodillas, y con la frente hundida en el polvo. El triunfo de Odoacro es el triunfo de la civilizaci6n moderna, rueda en su cuna, sobre la civilizaci6n antigua podrida en su sepulcro. El último de los emperadores lleva en su reinado el nombre del fundador de Roma y del fundador del Imperio, como para enseñar que en él concluye la ciudad de Rómulo y el trono de los Césares. En el huerto de Lúculo yace el último dueño del mundo. El enflaquecido Imperio debía morir para mayor deshonra, no en los campos consagrados á la guerra, sino en los campos consagrados al placer y á la licencia, para significar que los pueblos mueren mas bien que por la espada de sus enemigos por sus propios vicios. ¡Qué cuadro tan desolador! La lumbrera de la conciencia humana, que era la civilizaci6n antigua se estingue, la reina de las naciones muere.

¿A quién, á quién volver los ojos? ¿Dónde encontrará esta civilizaci6n un refugio? Si vuelve los ojos á Occidente, ve al bárbaro Genserico, que despues de haber esparcido las reliquias de Cartago, va jadeante á esparcir por los aires las cenizas de Roma; si se vuelve á Oriente, ve correr á Odoacro, al bárbaro Odoacro á ceñir una cadena á la reina de las naciones; por todas partes se levantan enemigos; ora es Ricimiro que viola sus leyes; ora el bárbaro Radagusa, que mata un millar de Romanos, al pié de su ídolo; no hay remedio, el despotismo ha podrido á Roma, y los bárbaros son el cauterio de esa podredumbre; no hay para Roma ni salvaci6n ni esperanza. Pero, señores, sí la hay, sí la hay. En medio de aquella desolaci6n universal, cuando toda Europa es un campo de batalla cubierto de cadáveres; cuando el cielo está ennegrecido por el humo de tantos incendios; cuando todas las aras, todos los ídolos flotan rotos, deshechos en un océano de sangre, cuando no encuentra el hombre para sus dolores ni el triste asilo que presta la tierra compasiva á las mismas fieras; en esta desolaci6n universal, San Agustín se levanta sobre las ruinas, iluminado por la fé, transfigurado por la esperanza, enseñando á los hombres que reniegan de su edad y de su destino, la ciudad del porvenir, la ciudad de Dios, que flota inundada de resplandores

sobre aquella negra noche, como flota el sol sobre las negras alas de las tempestades. (Aplausos.)

Hemos concluido. Así teneis el mundo que vamos á recorrer en el presente curso. Hemos visto la revoluci6n social, personificada en Neron, el derecho en Marco Aurelio, la iniciaci6n de la tiranía pretoriana en Cómmodo, el genostisismo oriental en Heliogábalo, la union del poder militar con el civil en Probo, la lucha con la nueva religion en Dioclesiano, el reconocimiento de esa religion en Constantino, el símbolo de la fé en el concilio de Nicea, la reaccion pagana y la filosofia neo-platónica en Juliano, el triunfo del cristianismo en Teodosio, los bárbaros que luchan con Roma en Alarico, la union de las razas bárbaras en Atila, la venganza de Dios en Genserico, el triunfo de los bárbaros sobre el imperio en Odoacro; pero el triunfo mas alto de la justicia, de la verdad, y por consiguiente del progreso, en la ciudad de Dios, que San Agustín enseña al mundo desolado como una eterna esperanza. (Aplausos.) Busquemos tambien nosotros esa ciudad. El hombre antiguo en su desolaci6n, en su desgracia creía que el mundo de la felicidad y de la razon, quedaba á sus espaldas, que conforme iba caminando hácia adelante, iba huyendo de su bien, que cada generaci6n seria mas enferma y mas desgraciada, y mas esclava; pero nosotros, verdaderos hijos del siglo XIX, nosotros que hemos forjado nuestro espíritu en las fraguas de las revoluciones modernas, nosotros, que hemos aprendido que el derecho está en nuestra alma; nosotros, que hemos visto la materia sometida á nuestros mandatos, la tierra esclava de nuestra voz; nosotros no nos amedrentamos por los escollos que puedan detenernos, porque fuertes con la noci6n sacratísima del progreso, sabemos que los tiranos pasan, los sofistas mueren, que las espadas de los fuertes son frágiles, y el triunfo de la libertad y de la humanidad es seguro, porque se funda en nuestra propia naturaleza, y en las inviolables promesas del Eterno.—He dicho. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)